

ECHADLA A LOS LOBOS

LOS LOBOS DEL REY I



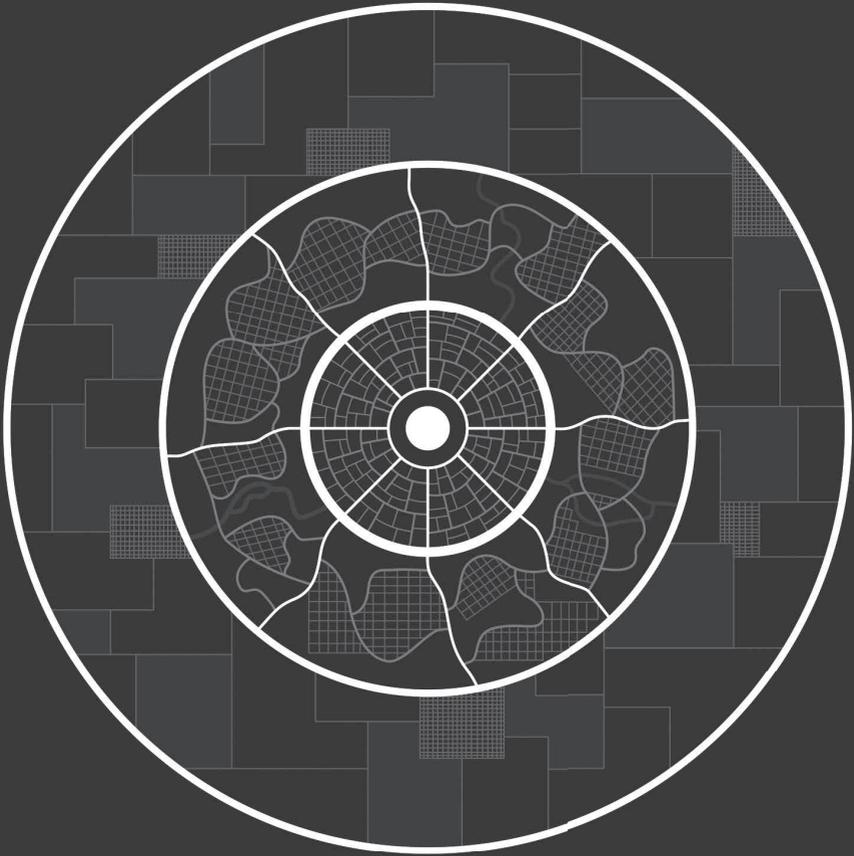
ANDREA SERRA

AKANE
EDITORIAL

*Para Pablo:
estás en todas las frases que hablan del amor.*

REINO DE FIRINN

- *Ciudad Capital*
- *Centro*
- *Reserva*



PRÓLOGO SIETE AÑOS ANTES

RECUERDO CLARAMENTE EL DÍA EN EL que aprendí que no era dueña de mi vida.

Vinieron a por mí tres inviernos después de que mamá muriera. Esa mañana se presentó oscura y triste, con nubes que cubrían todo el cielo y reforzaban el feroz frío que invadía la Reserva.

Aunque eso no me impidió salir de casa con el rifle de papá. Todo el mundo estaba dormido cuando lo hice, minutos antes de que saliera el sol. Salté sobre las plantas que crecían en la entrada de casa y esquivé un montón de metales roídos que antes habían sido un edificio que había colapsado con el tiempo. Los esqueletos de lo que un día habíamos construido lo llenaban todo.

Quizás tendría que haber pasado por el mercado. No habría mucha gente a esa hora, pero si lo hubiera hecho puede que me hubiera enterado de los rumores. Puede que incluso los hubiera visto por la zona. Quizás podría haber salido corriendo, haber huido hacia la parte sur del anillo o incluso hacia el norte, donde las montañas complicaban la vida en la Reserva, pero donde sabía que no se molestarían en buscarme.

La cosa es que no lo hice. Me encontraron y aquella fría mañana fue la última que tuve en mi hogar.

Me adentré en lo que llamábamos el Esqueleto: los edificios derruidos y en peor estado donde, pasados cientos de años, la naturaleza había reclamado su lugar.

Recuerdo que tenía mucho frío. Que entré en la fábrica de ladrillos rojos, la que antes debía de tener cinco o seis pisos de alto y que ahora carecía de tejado, y que rodeé los árboles que crecían dentro de las ruinas en busca de algo que llevar de vuelta a casa.

Era consciente de que no podía fallar los tiros en cuanto viera una presa, porque solo me quedaban tres núcleos de energía dentro del rifle.

Me arrodillé detrás de una viga cubierta de musgo y esperé, con los dientes castañeándome y el enclenque cuerpo que tenía a los dieciséis años temblando sin pausa.

Apoyé el rifle en la viga y aguardé durante lo que parecieron horas, pero cuando vi al jabato, no dudé. Aguanté la respiración y apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula para que dejaran de rechinar. Observé al animal oler el suelo y después levantar la cabeza de golpe, como si me percibiera a varios metros de distancia.

Apunté al ojo derecho y disparé una sola vez.

El tiro tumbó al animal de un golpe seco y el sonido espantó al resto de su familia y a los pocos pájaros que descansaban en los árboles de la zona.

Me eché el arma a la espalda y me acerqué al animal. Lo agarré por las patas para auparlo. No estaba muy gordo, pero supuse que nos daría para comer durante unos tres días. Observé la

sangre en el suelo, roja y brillante sobre la nieve, iluminada por los primeros rayos del sol. No solía recurrir a los nidos ni a las guaridas, pero en el invierno era diferente. Había que asegurar. No podías permitirte sentir compasión por la criatura a la que matabas, no podías permitirte sentir remordimiento por acabar con una vida. O lo hacías, o la naturaleza acabaría con la tuya.

Cuando salí de la fábrica, el cielo dejó caer la primera nevada de la temporada.

Caminé con demasiada calma. Quería disfrutar de esos momentos de silencio y de soledad, ya que aún podía soportar la temperatura durante un rato. Debería haberme ido a casa de inmediato, pero paré a descansar varias veces, a observar cómo los árboles sin hojas abrazaban las vigas de los edificios sin paredes, a mirar entre las grietas de hormigón del suelo, por las que crecían arbustos frondosos que hacían que fuera difícil imaginar una época en la que la vegetación no lo hubiera dominado todo.

Volví cuando se me empezaron a cansar los brazos por el peso del animal. Ya hacía un rato que había amanecido por completo.

Antes de entrar en casa, miré hacia la derecha, hacia la choza de los Stemp. Los saalis habían venido a por sus dos hijos cuando yo tenía ocho años. Habían matado a los padres en el acto por oponer resistencia y ya nadie habitaba la rudimentaria casa.

Se me secó la boca al mirar la puerta gris. Igual fue un presagio, pero achaqué el sentimiento al cansancio y me acerqué a mi propia vivienda.

Odiaba la entrada de casa. Había que bajar muchos escalones y para mí eso era peor que subirlos. Cuando los bajabas solo veías oscuridad, hasta que llegabas a la puerta y distinguías la luz que se colaba por debajo de la ranura, si es que estaba encendida.

Bajé los escalones de metal a trompicones y empujé la puerta del mismo material con el hombro. Chirrió mientras se abría.

—Cierra para que no se escape el calor —me dijo Akon nada más verme.

Puse los ojos en blanco mientras obedecía, aunque apenas me había dado tiempo a entrar. Akon era un año mayor que yo, pero no nos parecíamos mucho. Yo tenía los ojos afilados de papá, oscuros como pozos, mientras que él había heredado de nuestra madre unos ojos marrones y cálidos, enormes, los cuales también compartía con nuestro hermano pequeño Evian, de diez años. Lo único que yo tenía que recordara a mamá era mi pelo negro y largo. Ahí acababan los parecidos.

Mi padre estaba sentado delante del fuego, con la cara seria y los ojos muertos mientras observaba el crepitar de la llama. Ni siquiera se giró para ver qué posaba en la mesa.

Akon sí se acercó. Observó al jabato mientras yo me quitaba el rifle de la espalda y lo apoyaba contra la pared de ladrillo.

Me sacudí la capucha para quitarle el agua que la nieve derretida había dejado atrás mientras él agarraba un cuchillo y llamaba a Evian.

—Estaba nevando —le dije—. Cada año empieza a nevar antes, ¿no crees?

Él no me respondió. Enseñó a mi hermano a despellejar al animal, aunque se veía que al pequeño Evian le repugnaba la tarea. Me miraba de reojo y sabía que estaba pensando algo que antes solía decirme mucho: «me da pena que mates a los animales, Harlow».

Yo nunca respondía, solo le besaba en la frente con la ternura que me producía la inocencia que aún conservaba. Pero a Akon siempre le había molestado aquel comentario y un día le contestó con dureza y sin tacto, por lo que Evian había dejado de dar su opinión desde entonces.

«Gracias a estos animales no nos morimos de hambre. Deberías agradecerérselo más a Harlow».

Akon nunca comprendió que Evian era tan solo un niño.

Miré a mi padre antes de acercarme al fregadero a beber agua. Él se giró hacia mí de golpe, como si acabara de entrar. Después miró hacia la mesa, donde el cadáver del jabato estaba perdiendo la piel y el pelo, y asintió con aprobación.

—Muy bien, hija —soltó con sequedad antes de volver a girarse hacia la hoguera.

No era un hombre de muchas palabras. Menos aún en invierno, cuando recordaba la muerte de nuestra madre y el accidente de caza que le había robado cuatro dedos de la mano derecha y su habilidad para cazar. Ambas cosas habían sucedido con solo dos semanas de diferencia.

Bebí el vaso de agua de un trago, porque me rugían las tripas y eso solía ayudar un poco a enmascarar la sensación, y me acerqué a la mesa de nuevo.

—Nos servirá para dos o tres días —dijo Akon al pasarme las pieles.

Yo asentí mientras las metía en una bolsa de tela.

—Iré a cambiar esto al mercado —le informé—. Necesito núcleos de energía para el rifle: solo me quedan dos.

Él asintió, y yo esquivé la mirada incómoda de Evian mientras salía por la puerta. La cerré detrás de mí y me subí la capucha tras correr escaleras arriba y llegar al exterior.

Ya no nevaba, pero hacía más frío y el viento soplaba con fuerza. Caminé entre los edificios tomados por la naturaleza hacia el mercado, ubicado en una plaza redonda y cubierto con telas. Esquivé a la gente mientras miraba al suelo y caminé hasta la tienda de Mara y su madre.

La madre de Mara le había curado los muñones a papá cuando perdió los dedos.

Mara me caía bien. Era una de las pocas chicas que se habían mostrado interesadas en aprender a cazar, pero normalmente era su hermano mayor quien venía a pedirme consejo. Al parecer, el padre de Mara decía que cazar no era cosa de chicas. A mí eso me parecía la tontería más grande que había oído en la vida. La muerte y el hambre no distinguían entre hombres y mujeres. Solo distinguían entre valientes y cobardes. Y a veces, ni eso.

A veces todo dependía de la suerte.

Me acerqué al mostrador de madera y ella salió de entre las cajas de detrás, con su pelo castaño claro y muy rizado recogido en un moño. Tenía los ojos azules como el cielo de la Reserva

en verano. Estaba atendiendo al viejo Joe, un hombre bastante mayor que además era tuerto.

Yo me quedé de pie esperando, intentando no mirar la pantalla que estaba justo a mi derecha. Había muchas en el mercado: los saalis las habían instalado antes de que yo naciera. Aunque sus tropas no solían aparecer en nuestro hogar, esas pantallas eran un constante recuerdo de su presencia en nuestras vidas. En ellas se transmitían los mensajes del rey a la población, así como cualquier otra cosa que ellos quisieran que viéramos. Siempre tenían que estar operativas, y siempre tenían que estar encendidas.

—¡Harlow! —me saludó Mara con una gran sonrisa, atrayendo mi atención—. ¿Buen día de caza?

Me encogí de hombros mientras le pasaba la piel.

—Solo un jabato —le respondí—. Sé que no es mucho, pero ¿me puedes dar algún núcleo a cambio?

Ella observó la mercancía.

—Dos.

Le sonreí en agradecimiento, porque aquello valía uno, y con suerte.

Aunque Mara se había puesto pantalones para lidiar con el frío, debajo del jersey llevaba un vestido de flores muy bonito, como los que yo solía coger del armario de mamá. Un día papá me había pillado probándomelos y había dicho que no quería que tocara sus cosas. Me fastidió, pero la verdad era que en ese momento eran demasiado largos para mí y los arrastraba por el suelo.

Mara se agachó para coger los pequeños cartuchos de debajo del mostrador y los puso sobre la mesa. Levanté la mano para

cogerlos y ella me agarró de la muñeca con fuerza, sorprendiéndome por aquel gesto tan poco propio de ella.

Miró a su alrededor, a las tiendas llenas de personas vestidas en pelos de animal, y luego se giró hacia mí con aquellos ojos de color azul abiertos del todo.

—Han estado aquí —me susurró—. Han venido preguntando por la chica que nos ha enseñado a disparar, Harlow.

La bilis me escaló la garganta hasta la boca y estuve a punto de vomitar allí mismo.

Tendría que haber sabido que no había escapatoria. Pero la verdad es que no perdí la esperanza hasta el último momento. No estaba en mi naturaleza dejar de luchar antes de tiempo; eso sí que era algo que había heredado de mi madre.

Salí escopetada del mercado, sin encontrar la voz para despedirme de Mara o para agradecerle lo que estaba intentando hacer por mí. Sentía que todo el mundo me miraba. Que susurraban: «mira, ahí va la chica a la que buscan», incluso cuando no movían sus bocas lo más mínimo.

Sabía que, si lo pensaban, era porque se alegraban de que fuera yo. De que vinieran a por mí y no a por sus hijos. Cada vez que se llevaban a alguien, los demás mostrábamos una pena que enmascaraba nuestro alivio.

Me entró el pánico al sentir los núcleos agarrados en la mano izquierda y darme cuenta de que me había dejado el rifle de papá en casa. Me bombeaba el corazón en los oídos y me parecía ver peligros detrás de cada árbol, frente a cada fachada en ruinas.

Pero la verdad es que el peligro no me esperaba fuera de casa...

Llegué con esperanza. Bajé los escalones sin pensar, rodeada por la oscuridad. Estuve a punto de caerme al suelo por el ritmo acelerado que llevaba, y abrí la puerta solo para encontrarme al enemigo allí.

A los saalis sentados a la mesa.

Todos menos uno tenían sus característicos cascos negros puestos, con viseras tan oscuras que no se podían ni adivinar sus rasgos. Uno de ellos sujetaba a mi padre por el hombro, como para que no se moviera. Mi progenitor estaba sentado a la mesa frente al saali que no llevaba armadura.

Mis hermanos, por el contrario, estaban encogidos sobre la butaca roñosa frente a la hoguera. Akon agarraba a Evian mientras él estaba sentado en su regazo. El pequeño había estado llorando y aún temblaba con violencia.

El saali que estaba más cerca de la puerta apuntó su pistola hacia mí. Yo cerré la puerta con lentitud, mientras que el que estaba sentado a la mesa se ponía de pie y se giraba para mirarme.

Nunca había visto en persona a uno que tuviera la cara al descubierto, y lo primero que pensé al verle fue que era verdad que tenían las orejas alargadas y puntiagudas. El saali era muy alto y pálido, era rubio y tenía las cejas muy pobladas. Me recibió con una sonrisa que parecía una amenaza. Puse las manos en alto de manera automática.

—¿Harlow? Te hemos estado buscando —me dijo.

Me encogí contra la puerta. Tenía una voz sin acento, a diferencia de lo que me esperaba tras escuchar al rey hablar en las pantallas, aterciopelada, casi.

Aparentaba ser más joven que mi padre, pero probablemente le superaba bastante en años. Los saalis vivían más que los humanos, todo el mundo sabía eso.

Intenté intercambiar una mirada con papá, pero él estaba mirando la madera de la mesa, donde la carne del jabato aún estaba a medio cortar. La sangre teñía la superficie y parte del suelo.

—Nos serás muy útil —continuó el saali con voz amable—. Nos han dicho que llevas años cazando, que has enseñado a muchos niños de este núcleo a disparar para que sus familias puedan sobrellevar el invierno. Sabemos que antes era tu padre quien daba clases a los niños, pero como ya no puede disparar, ahora lo haces tú.

Tragué saliva: ni siquiera me iba a preguntar cómo el saali sabía eso, porque lo sabían todo. Éramos de su propiedad, o al menos eso era lo que ellos decían. Mi pasado, mi presente y mi futuro les pertenecía. Ojalá lo hubiera entendido antes. Aún me pregunto si así podría haberme ahorrado el dolor de aquel día y de los siguientes.

Conté cinco hombres en la casa, todos armados, más el que me estaba hablando, que vestía de negro, pero no parecía tener ningún arma.

Miré el rifle, aún apoyado contra la pared. El saali siguió mi mirada y chasqueó la lengua.

—No es buena idea resistirse, Harlow —me dijo en voz baja, como si estuviera confesándome un secreto.

Intenté retroceder, pero me di en la espalda contra el metal de la puerta. El sonido que hizo se asemejaba a mis esperanzas rompiéndose.

Evian se había encogido contra Akon, metiendo la cabeza en su cuello.

Sabía que el saali estaba esperando a que dijera algo. Los pasos lentos que comenzaba a dar en mi dirección solo me aceleraban el corazón más y más.

—Tengo que cuidar de mis hermanos —musité con la voz rota, cuando él ya estuvo demasiado cerca—. Mi hermano mayor tampoco puede cazar... No... No se le da bien.

El saali alargó la mano y me sujetó el hombro izquierdo con un agarre tan fuerte que se me escapó un gemido de dolor.

—Nos aseguraremos de que tu familia sea compensada.

Y con eso se giró hacia el soldado más cercano y asintió. No sé cuál me agarró, si él u otro: en ese momento, con aquellos cascos enormes, me parecían todos iguales.

Lloré y pataleé, intentando morderles mientras me sacaban a la fuerza de mi casa. Evian lloraba y berreaba: Akon le sujetaba mientras me miraba seriamente, ni una pizca de emoción en el rostro, aunque, si le conocías bien, podías ver el miedo en sus ojos marrones.

Antes de que cerraran la puerta de metal y me subieran por las escaleras, capté una última imagen de mi padre. No se había levantado de la mesa. Seguía mirando el cadáver del jabato en silencio.

En ese momento, mientras le suplicaba a gritos que me salvara, que les parara, me di cuenta de que no iba a luchar por mí.

Que me dejaba ir, significara lo que significara para mí, por el bien de mis hermanos y por el suyo propio. Que me sacrificaba a los saalis como quien ofrece un tributo a los dioses, esperando que su furia no encuentre su hogar dos veces.

Intenté odiarlo por no mirarme a la cara. Por no luchar por mí, por ser tan cobarde.

Pero nunca lo conseguí.

Con el tiempo, aprendí que yo era muchísimo más cobarde que él.





PARTE 1

CAZADA

DESEARÍA QUE NO SE ME DIERA BIEN matar, pero una no elige sus talentos.

Miré a mi alrededor con falso nerviosismo: solo distinguía mujeres jóvenes y hermosas en la habitación. Esas chicas habían trabajado arduamente en las tiendas lujosas de Ciudad Capital para pagarse aquellos vestidos de voluminosas faldas. Aunque quizás los habían cosido ellas mismas. Vi a tres mujeres, algo más jóvenes que yo, riéndose en una esquina. Pensé que tenían pinta de haber encandilado a tres hermanos, hijos de nobles, para que se los pagasen.

Todos aquellos talentos me parecían valiosos y me dije que no me importaría compartirlos con ellas. No me disgustaría tener otro puesto que me permitiera atender aquella festividad. Incluso una simple panadería valdría, por ejemplo, aunque quizás no durara mucho trabajando allí. Sentía debilidad por el dulce y era probable que me comiera más pasteles de los que vendiera.

Aun así, puestos a pensar en realidades alternativas, sonaba mejor que mi trabajo actual. Al menos era más fácil decirle a tu cita que zampabas pasteles entre turnos a contarle que, en definitiva, eras asesina a sueldo.

Pero la verdad es que las personas como yo no decidíamos cuándo podíamos dejar aquel tipo de trabajo atrás, no podíamos

decidir cuándo era suficiente. Mi vida le pertenecía a Allanis; quisiera verlo o no. Y antes le había pertenecido al rey y al resto de los saalis.

—¿Harlow? ¿Situación?

Me tragué un suspiro mientras me colocaba los tirantes del vestido, fingiendo que de verdad me importaba cómo me quedara el escote.

—Todo listo, mi señora.

Respondí en un susurro para que nadie me oyese y me llevé una mano a cada oreja para colocarme los pendientes de metal oscuro que traían un pinganillo dentro. Estaban diseñados para que me cubrieran la oreja entera, pero sobre todo el hélix, que al ser redondeado me delataba como humana.

Esos pendientes estaban de moda entre la juventud saali, así que tampoco llamaban la atención. Más lo habría hecho que una humana estuviera vestida de gala y andando por el castillo como si nada, sobre todo en una festividad que solo admitía a saalis de sangre pura.

—Perfecto —respondió por el intercomunicador la señorita Cannan—. Acuérdate de lo que hemos hablado.

Las mujeres a mi lado se acercaron un poco más a mí, así que no respondí. Me limité a ponerme el antifaz negro que me cubriría la cara en todo momento. Elegir el baile de máscaras de verano para aquella misión había sido una decisión muy acertada.

—No hay manera de que el rey se fije en una de aquellas —dijo la saali a mi lado, mientras su amiga le acababa de poner

horquillas en el pelo castaño—. ¿Has visto sus vestidos? ¡Rojos, como la bandera de Saorr! Una tiene que estar loca para traer algo así al baile en el que su Majestad espera encontrar esposa.

La señorita Cannan había querido que llevara un vestido rojo también, pero le había conseguido convencer de que era mala idea. Una no quería atraer atención innecesaria, al menos no cuando, en vez de intentar seducir al rey, iba a colarse en las habitaciones que había al lado de sus aposentos.

Y no precisamente para dejar una carta de amor.

Alisé la falda del vestido, que era simplona y plana, poco abombada pero a la vez suelta para darme espacio para moverme, aunque eso generara un aspecto más sencillo. Era una prenda algo pasada de moda, al menos en la corte, pero era verde para camuflarme entre la mayoría de las mujeres, que habían elegido el color de la casa real.

Las cortinas blancas al frente de la antesala se abrieron y tres soldados con armaduras blancas y cascos con una visera negra como el carbón cruzaron la entrada. En la placa que les cubría el pecho, unos centímetros a la izquierda, llevaban dibujado el escudo de Firinn: un árbol verde, con un tronco ancho y raíces espesas.

Uno de los soldados sacudió el rifle que llevaba en brazos para llamar la atención de las mujeres, que aguantaron el aliento con expectación.

—El baile ha dado comienzo —anunció—: ahora se las escoltará al salón principal.

Las chicas comenzaron a hablar entre ellas, deprisa y casi a gritos, y yo respiré hondo, pasándome las manos por las caderas

para sentir las pistolas que llevaba amarradas a los muslos. La clase alta del reino tenía una cultura anticuada y nunca se cacheaba a una mujer de bien. Esa visión retrógrada jugaba a mi favor en momentos como aquel.

—Allá vamos —dije, pretendiendo que me daba fuerzas, aunque era para que Allanis Cannan me oyese.

Las mujeres cada vez gritaban más, presas de los nervios y de la expectación que aquella fiesta generaba en la corte cada año, pero especialmente este.

Yo estaba ocupada centrándome, preparándome para cazar.

Me uní a la marea de chicas que avanzaban hacia el otro lado de la gran puerta en busca de un nuevo futuro como reinas.

Eso no era lo yo buscaba, claro. Mi único objetivo era llegar viva a la cena. Cuando te dedicabas a lo mío, eso era todo un éxito en el mundo laboral.



No me permití perderme en la música o acercarme al vino cuando entré en el baile. Sabía lo peligrosas que eran las festividades saalis para los humanos: uno podía ponerse a bailar durante horas sin descanso, pensando que solo han pasado minutos, meciéndose con la música hasta desfallecer. O podía beber de ese vino rojo como la sangre, de apariencia dulzona, que le haría perder la cabeza y toda la vergüenza.

Sabía que era mejor no acercarme a las copas, no darle ni un baile a ninguno de los saalis que miraran en mi dirección.

Así que me limité a coger un vaso de la bandeja que llevaba un sirviente que pasó por mi lado y después verter la mitad disimuladamente sobre una maceta situada a mi izquierda, para que pareciera que estaba bebiendo. Lo sujeté mientras me paseaba con tranquilidad por la periferia del salón, cerca de las grandes cortinas blancas que tapaban los ventanales que se sucedían por tres de las cuatro paredes, ocultando algo de la luz del sol, naranja por el atardecer fuera de los muros del palacio.

Me costaba distinguir el baile que se llevaba a cabo en el centro de la gran estancia, pero la música era alegre y estridente. Sabía que los violines estaban al otro lado de la sala, aunque su melodía parecía venir de todas partes. Había demasiada gente agolpada alrededor de las pequeñas mesas redondas con aperitivos como para tener una visión completa de la festividad. Sin embargo, sabía que estaba en el lugar adecuado y que estaba lista para ponerme a trabajar.

—¿Mucha seguridad? —preguntó Allanis por el pinganillo.

Me tapé la boca con la copa para responder.

—Soldados de su Majestad en cada columna, cuatro en cada salida.

La saali bufó.

—Es más fácil entrar en palacio que salir, ¿cómo es eso posible? —se quejó.

Tardé unos quince minutos en encontrar a mi primer objetivo y, cuando lo hice, pululé a su alrededor y me acaricié el pelo hasta que su mirada se encontró con la mía; nuestros rasgos quedaban ocultos por las máscaras.

Le sonreí al saali pelirrojo y con un traje azul que no le pegaba nada con el pelo, y comencé a caminar hacia mi derecha con la esperanza de que se acercase.

—Menos mal que no queremos salir del palacio —comenté en voz baja—. Solo queremos subir.

Levanté la cabeza, haciendo como que admiraba las lámparas de araña que colgaban del techo, pero en realidad estaba mirando los palcos del nivel superior, situados en la pared junto a la que ahora me encontraba.

Enseguida me di cuenta de que había alguien a mi lado. Lo sentí antes de que se acercara demasiado, gracias a los años de práctica estando muy atenta a mis alrededores, pero hice como si nada hasta que me habló.

—Me sorprende ver a una joven tan bonita lejos del tumulto que persigue al rey.

El hombre tenía la voz más bien nasal, como si estuviera resfriado, y pensé que su mejor rasgo (desde un punto de vista objetivo) era su nariz, porque por lo que el antifaz dejaba ver era recta y fina. La máscara que llevaba iba a juego con el traje, con unas plumas azules que sobresalían por la parte derecha.

Le di una sonrisa tímida, colocando mi propia máscara con falso nerviosismo.

—Demasiado para mí —dije, con una risita bastante ridícula que a él pareció gustarle—. Enseguida me he dado cuenta de que no estoy hecha para la corte. De hecho, me estaba preguntando cómo puede uno subir al palco: necesito sentarme lejos de tanta gente...

El saali infló el pecho, viendo su oportunidad para seducir a aquella saali de clase alta que creía tener enfrente. Asintió y ofreció su brazo, del cual me colgué de inmediato, dejando que me comenzara a escoltar hacia la salida más cercana.

—Por supuesto. Permita que la acompañe, señorita...

—Gwen —mentí con facilidad y práctica, usando un nombre popular y básico en los últimos cien años—. Gwen Aherna.

Dejé que me arrastrara hacia los guardias, mientras observaba con fascinación el baile a mi alrededor. Ese gesto no era del todo falso: me sorprendía la capacidad que tenían los saalis para bailar durante horas como si no hubiera un mañana; aunque después de tanto tiempo viviendo entre ellos no me debería seguir anonadando. Tenían cuerpos más fuertes que les permitían llegar hasta los doscientos años, aproximadamente. Su físico perfecto, que curaba sus heridas superficiales con más facilidad que en los humanos, les convertía en soldados inigualables. Mis orejas redondeadas me identificaban como inferior, las puntiagudas de los saalis les posicionaban como dueños de todo el reino de Firinn y de todos sus habitantes. Incluida yo.

Los guardias nos miraron un momento, pero no objetaron que el duque de Tinsel, como se había presentado él (innecesariamente, pues yo ya sabía a quién tenía enfrente), me acompañara por las estrechas escaleras laterales que llevaban a los palcos. Reprimí la necesidad de estirar la espalda tras dar la primera parte del plan como concluida.

—Buen trabajo —me dijo Allanis por el intercomunicador—. No seas muy brusca con él allí arriba: parece buen hombre, aunque sepamos que no es verdad.

Intenté no poner los ojos en blanco, y me costó. Allanis tenía la manía de intentar ver siempre las cualidades buenas de la gente y creo que ni siquiera ella estaba convencida de las órdenes que me había dado respecto al hombre que tenía delante. Yo creía que el rey era la única persona con la que no se esforzaba en hacer eso.

Además, yo nunca era brusca en mi trabajo. Prefería letal, mortífera, rápida. Sonaban muchísimo mejor.

Cuando entramos en el pequeño palco, uno que estaba hacia la mitad de la pared, me solté del hombre y me incliné sobre la barandilla blanca, mirando hacia abajo. El baile era más hermoso desde allí arriba: podía apreciar la banda de músicos en la pared opuesta, bajo las ventanas, y también el corro de personas que bailaban al ritmo de la canción. También veía al rey, aunque en realidad distinguía mejor al grupo de soldados a su alrededor, a su vez rodeados de mujeres ansiosas.

Clavé mi mirada en él durante unos segundos que me parecieron horas. No era la primera vez que le veía en persona, pues Allanis solía asistir a algunos actos oficiales debido a su trabajo, pero sí era la primera vez que le veía en un contexto así, sentado en uno de sus muchos tronos y con una mujer sobre su regazo. No distinguía sus rasgos desde allí, aunque me los sabía de memoria, pero me los imaginé repugnados cuando agitó una mano y uno de sus soldados tiró de la mujer con un gesto brusco para

levantarla de sus rodillas y sentarle a otra encima. El rey debió de sonreír y la mujer se inclinó hacia él, dispuesta a disfrutar, supongo, de sus cinco minutos de gloria.

Forcé una sonrisa y me giré hacia el duque, quien había movido uno de los dos sillones de tapicería color crema para ponerse a mi lado. El hombre se apartó el pelo rojo de uno de los lados de la cara, dejando ver una oreja perfectamente puntiaguda.

—Aún me sorprende que las personas que tienen el honor de asistir a este baile tengan la osadía de presentarse aquí con ropajes rojos. Sobre todo, después de los últimos ataques. Aunque intentemos detener a todos los simpatizantes del enemigo, se reproducen como ratas... —Detuvo sus quejas, girándose de nuevo hacia mí como si se acabara de dar cuenta de que alguien le estaba escuchando—. ¡Oh! ¿Me oye, señorita Aherna? Tengo el honor de estar aquí arriba, con una mujer hermosa como usted, y la aburro con asuntos de mi trabajo que seguro que no le interesan.

Se sorprendería.

Yo me limité a soltar otra risa, pese a que lo que él había dicho no tuviera ni pizca de gracia, y tiré de su brazo con mucho cuidado, aunque con la suficiente fuerza como para que diera un paso hacia mí.

—Sinceramente, mi señor, no creo que nada de lo que me diga pueda aburrirme.

Qué bien se me daba mentir.

No me costó que el hombre me siguiera, apenas minutos después, hacia las dobles cortinas que separaban el palco del pasillo. Le acaricié los brazos y pestañeé todo lo posible, riéndome de

todo lo que me decía, y después dejé que me besara tras levantarle con delicadeza la máscara, entre la intimidad de las gruesas cortinas verdes.

Olía mucho a colonia de hombre. Quizás demasiado.

Posé las manos en el pecho del duque, acariciándole, y después le clavé el cuchillo, que llevaba escondido en la falda del vestido, justo en la garganta.

Lo hice de tal manera que no me manché con su sangre, separándome de él y girándome para dejar caer su cuerpo contra la pared, oculto entre las espesas cortinas de tal manera que quizás los guardas tardarían horas en encontrarle.

De todas maneras, ya no pensaba estar aquí cuando investigaran su muerte.

Me quedé también entre las cortinas y observé cómo el hombre se agarraba el cuello, intentando parar la hemorragia y ahogándose en su propia sangre, soltando gemidos cuando deseaba formar palabras. Sus ojos claros me miraban desorbitados, con pánico y lágrimas desbordantes.

Pensé en todos los hombres que él había mandado a la guerra, como alto mandatario del ejército, y en todos los hombres a los que había ordenado matar por acusaciones (no siempre infundadas) de colaborar con el enemigo. No creo que se mereciera la misericordia que le había mostrado al matarle así, pero, como siempre, yo solo cumplía órdenes.

Me quedé allí, seria, mirándole a los ojos durante los minutos que tardó en desangrarse. Esa era la única compasión que me podía permitir mostrarle, aunque no se la mereciera.

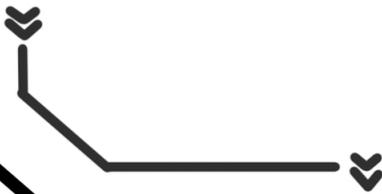
Antes de que el hombre perdiera el sentido, le susurré:

—Lo siento.

Pero se notaba que no lo decía de verdad.



PLAN A



- *Colarse en el castillo*
- *Acceder a la planta superior*
- *Conseguir información del ordenador*